

WASHINGTON-PEKIN

TENSION DE GUERRA

WASHINGTON y Pekin se radicalizan. De la misma forma que en el cuerpo humano la proximidad posible de una lucha produce una serie de modificaciones fisiológicas y químicas que le preparan para el acontecimiento, las sociedades se alteran notablemente cuando se prevé una guerra. En Estados Unidos y en China se están produciendo aceleradamente las contracciones sociales, políticas y militares propias de una previsión de guerra. Los síntomas son, naturalmente, muy distintos en cada país, puesto que las estructuras son distintas.

En Washington se han endurecido hasta un grado muy inquietante las dos posiciones contrarias, que se habían ido marcando en torno a la guerra en el Vietnam —los abandonistas y los partidarios de la fuerza— y que ahora van tomando cada vez más las formas clásicas de un dualismo político, de una división en izquierda y derecha. Todos los complejos problemas del país se separan en dos polos. El problema negro, el bloqueo de salarios, la medicina social, la OTAN, la ayuda al extranjero, la intervención en el tercer mundo, la política iberoamericana, las huelgas obreras, la ampliación del servicio militar, las industrias de guerra, el precio del acero, la lucha contra la pobreza: todos los temas se dividen radicalmente en dos. Aparecen los extremismos. Crece, cada día, la violencia. El pretexto para las luchas callejeras es, principalmente, el problema negro y el secundario la guerra del Vietnam, aunque generalmente en los encuentros, en las peleas, los dos temas se mezclan continuamente. Pero unos grupos de extremistas no vacilan en militarizarse en torno a la cruz gamada —en banderas y brazaletes— mientras otros se proclaman como «Nueva izquierda». Las organizaciones pronazis se unifican con el *Ku-Klux-Klan*, con las sociedades racistas, buscan apoyo hasta en la *American Legion* —muchos de cuyos integrantes combatieron al nazismo en Europa—. La «Nueva izquierda» —*New Left*— se recluta principalmente entre los intelectuales, los estudiantes, los menos privilegiados de una sociedad cuya gran abundancia no alcanza a todos. El poder —la Casa Blanca— se encuentra con una situación interior que se degrada, con una situación difícil en política extranjera (como es ya costumbre en esta larga postguerra, cada vez que hay señal de peligro los aliados se separan de Estados Unidos, tratan de aislarse), con una guerra dura y podrida al mismo tiempo en el Vietnam, con la posibilidad de la ampliación de esa guerra a límites inconcebibles. En un país con resortes democráticos más ágiles, con mayores recursos parlamentarios, se producirían sin duda una serie de crisis gubernamentales de adaptación que llevarían poco a poco a la busca de una solución. Recordemos el caso de Francia en la IV República: sobrepasadas sus posibilidades de control de las situaciones —la guerra de Indochina, la de Argelia, el malestar obrero— los consecutivos cambios de gobierno fueron decantando la situación, intentando experiencias, probando doctrinas y gracias a esta agilidad se llegó a evitar una guerra civil. Las soluciones que luego pareció traer De Gaulle no fueron más que aquellas que se habían analizado, discutido, experimentado en las sucesivas crisis de Gobierno. El presidencialismo de los Estados Unidos es una forma más rígida de la democracia. En estos momentos de crisis no tiene salidas, y no puede hacer más que endurecerse. Es muy interesante en este sentido el artículo de Arthur M. Schlesinger —el historiador que ha escrito los «Mil días de Kennedy»— en el «*Saturday Evening Post*»: «A medida que la guerra

Por **EDUARDO HARO TEGGLEN**

se intensifica y domina cada vez más nuestra vida nacional, vemos aparecer los síntomas habituales: simplificación abusiva de los problemas, cambio de insultos, duda de los móviles y de la lealtad de la oposición, degradación del debate. Al agravarse el proceso, la ventaja pertenecerá cada vez más, de una manera emotiva, a los que agiten la bandera. De esta forma, la Asamblea Legislativa de Georgia ha rehusado ya su escaño a un hombre regularmente elegido porque no aprobaba sus posiciones sobre el Vietnam. Un comunista americano que había ganado la «*Distinguished Service Cross*» durante la guerra mundial no ha podido ser inhumado, como era su derecho, en el cementerio nacional de Arlington. Un teniente del Ejército ha sido condenado a dos años de trabajos forzados (aunque luego se redujo la pena) y ha sido expulsado del Ejército por haber participado, con traje civil, y sin estar de servicio, en una manifestación contra la guerra del Vietnam. Un profesor que se había abstenido de saludar la bandera durante una asamblea escolar porque desaprobaba la política de Estados Unidos en Vietnam ha sido excluido de la Federación de Profesores. Grupos de personas que protestaban han sido maltratados en diversas ciudades. Un juez federal de Filadelfia ha pedido que los estudiantes que se hayan manifestado contra la guerra en los colegios subvencionados por el Estado sean inmediatamente excluidos de ellos. El senador de Mississippi, James Eastland, ha preparado un proyecto de ley que trata de dar amplios poderes al Departamento de Estado para que limite los viajes al extranjero de ciudadanos americanos, y dicho Departamento de Estado ha hecho vigilar estrechamente a un eminente profesor de Harvard durante sus viajes más allá de las fronteras... No se trata aún más que de incidentes aislados, pero pueden multiplicarse a medida que el sentimiento nacional de frustración vaya en aumento. Pueden crear poco a poco un clima en el cual las gentes dudan en decir lo que piensan para no atraerse problemas. Y nos despertaremos una mañana en una atmósfera en la que solamente faltará un McCarthy para que tengamos un nuevo maccarthismo». Después del artículo de Schlesinger, el problema se ha acentuado con las tormentosas sesiones del Comité de Actividades Antiamericanas —precisamente el mismo desde el que reinó sobre el país el senador McCarthy—, en el que se han propuesto penas de cárcel y fuertes multas para quienes se declaren contrarios a la intervención de Estados Unidos en el Vietnam. Hubiera bastado con que la presidencia del Comité la hubiese ostentado un hombre del empuje y la ferocidad de McCarthy, en lugar del republicano Joe Pool —débil, mal orador, mal legista—, para que de nuevo se hubiese producido el clima. El Comité de Actividades Antiamericanas quedó mal parado en esa sesión, combatido por el Juez Howard Corcoran, que ha llegado a prohibir las sesiones por considerarlas anticonstitucionales. En realidad, como escribe David Kraslow en el «*Herald Tribune*» de París, «el problema básico del Comité de Actividades Antiamericanas es que 190 millones de americanos pueden tener 190 millones de ideas diferentes acerca de lo que es antiamericano». Pero es evidente, también, que son los grupos en el poder los que definen lo que es nacional y antina-

cional de una manera abusiva pero forzosa. La lucha entre el Comité de Actividades Antiamericanas y la Unión de Libertades Civiles Americanas es una de las mil maneras de este dualismo americano. El debate se hace quizá más grave cuando se desarrolla entre hombres que están en el poder. Entre el Gobierno y los senadores del mismo partido gubernamental. Dean Rusk, ministro de Asuntos Exteriores —secretario de Estado—, ha acusado prácticamente de nazis a quienes se manifiestan contra la guerra del Vietnam. Las respuestas han sido muy duras. El senador Wayne Morse ha acusado a Rusk de «hacedor de guerra»; el senador Stephen Young dice que las declaraciones de Rusk son «insensatas y terroríficas»; el senador Gruening ha dicho, lisa y llanamente, que «los Estados Unidos son los agresores en el Vietnam». Con su calma habitual, un editorialista de «New York Times» examina así el discurso de Rusk: «Ha comparado quienes se oponen a la extensión del conflicto vietnamita a aquellos que pensaban en 1930 que podían apaciguar a los nazis, los fascistas y los imperialistas japoneses. Comparar este conflicto ambiguo, mitad guerra civil, en un país subdesarrollado de Asia, con la tentativa hitleriana de conquistar Europa, potente centro industrial y cuna de la civilización occidental, constituye una interpretación muy mala de la Historia. Peor aún, el señor Rusk difama a los patriotas que se oponen a la escalada, como se oponía el Presidente Johnson no hace aún más que dos años... Este paralelismo con los nazis sólo puede servir para reducir aún las posibilidades de un arreglo negociado del conflicto. El objetivo de los Estados Unidos durante la II Guerra Mundial era el de obligar a los nazis a la rendición total, porque creían que todo compromiso hubiese sido inmoral y peligroso. Los Estados Unidos deseaban entonces no sólo una victoria militar, sino también la destrucción completa del régimen hitleriano. En el Vietnam, en cambio, la Administración afirma que no busca la victoria militar ni la destrucción del régimen de Hanoi. Comparar el combate del Sudeste asiático con la guerra total conducida contra Hitler sólo puede producir confusión».

Confusión es la palabra para determinar la actual política de Estados Unidos. Pero sobre esta confusión se ve que algo no cambia de línea, no detiene su movimiento: la escalada. Como una fuerza superior a la política, indiferente a todo. Como una fuerza mecánica. Cada día aumenta más la presión, cada día se extiende más el conflicto. La dirección de la política americana parece acomodarse a este movimiento superior, en lugar de dominarlo. La radicalización de posiciones, el progresivo abandono de las fórmulas democráticas que denuncia Schlesinger, es una consecuencia.

* * *

Lo que está pasando en el otro lado, lo que está ocurriendo en Pekín, es aún más espectacular. Es una revolución. Parece un movimiento reflejo del de los Estados Unidos, en un sentido inverso. Si en Estados Unidos parece que la política interior y exterior se va adaptando difícilmente, penosamente, a esa fuerza inhumana y superior de la guerra en marcha, en China se está forzando una nueva política revolucionaria para prepararse hacia una guerra. Las escenas que se están desarrollando son, según el periodista francés Jean Vincent, que escribe desde Pekín, «entre ridículas y patéticas». He advertido más de una vez que lo que a nuestros ojos puede aparentar una cierta comicidad, en China reviste una importancia grave. Es un país fanatizado, hiptonizado por la sensación de que va a ser agredido por la potencia más grande del mundo, que puede ser «reintegrado a la Edad de Piedra», como parece que ha dicho un general de la aviación americana. (Amenaza que, ciertamente, no tiene nada de hipotético.) En las calles de Pekín se desarrollan mítines. La guardia roja recién creada corta el pelo a quienes lo tienen demasiado largo. Se pide de todo: que se supriman los discos rojos del tráfico, porque el rojo es el color del progreso, de la marcha hacia adelante, y en el tráfico significa todo lo contrario, que hay que detenerse; que se cambie el nombre de Pekín, que se rebajen los precios del cine y del teatro para que la revolución cultural alcance a todos; que los coches oficiales sólo sirvan para misiones oficiales; que se supriman los taxis que son un residuo de la explotación del hombre por el hombre... Es curioso que los jóvenes nazis de Estados Unidos y la guardia roja de Pekín se dediquen al mismo tiempo a cortar el pelo a los muchachos que lo llevan demasiado largo para ellos. Parece que hay una relación entre el pelo largo y el pacifismo, entre el pelo corto y el militarismo —esta relación es probablemente uno de los enigmas de nuestra época— y que en las dos capitales de la guerra futura los belicistas persiguen a los pacifistas.

Sobre esta revolución formal hay un claro designio político, demostrado por la aparición de Lin Piao al frente del país, por la sustitución continua de altos cargos del partido y del Ejército y por la continua propaganda. Todos los estudios realizados por los políticos y los militares de China convergen a la idea de que la situación actual conduce inevitablemente a una agresión de China contra Estados Unidos. Hsiao Hsua, jefe del departamento político del Ejército, emitió en enero un informe se-

gún el cual «los Estados Unidos están desplazando a Asia el centro de gravedad de su estrategia», y decía: «Tenemos que realizar todos los preparativos necesarios contra la guerra de agresión que los Estados Unidos pueden desencadenar en una escala enorme, en una fecha próxima, con armas nucleares o de otra clase, y sobre varios frentes. Nuestro mayor deber con respecto al pueblo de nuestra patria y del mundo es prepararnos contra una guerra de agresión. Debemos incluir en nuestros cálculos las circunstancias más difíciles que puedan suceder y prepararnos en todos los aspectos. Primero, y ante todo, en el trabajo ideológico y político». Este trabajo ideológico y político previsto hace ocho meses por Hsiao Hsua es el que está sucediendo ahora en Pekín —y en toda la inmensa China— y que es indiscutiblemente menos ridículo y mucho más patético de lo que supone el periodista francés citado. China ha llegado ahora a la conclusión de que la guerra es ya inevitable.

* * *

¿S, realmente, inevitable? Para muchos es tan inevitable que está sucediendo ya. La guerra del Vietnam no es más que una forma moderada de la guerra chino-americana. No acepto del todo esa tesis. La guerra del Vietnam tiene unas características propias. Como dice el «New York Times» antes citado, es una guerra ambigua, con una mitad —por lo menos— de guerra civil. El Vietnam lleva veintidós años en guerra, en una guerra de independencia; su independencia fue frustrada por los acuerdos de Ginebra, se precipitó en una guerra civil y esta guerra civil se ha convertido después en un conflicto internacional. Ahora bien, hay que tener en cuenta dos hechos básicos: los Estados Unidos no están dispuestos a abandonar el Vietnam, porque ese abandono supondría el final de sus aspiraciones respecto a Asia, el abandono definitivo de su hegemonía mundial y una situación interior de frustración que acabaría con sus estructuras actuales, cosa que los grupos en el poder no están dispuestos a aceptar. Los Estados Unidos tienen además la noción de su inmensa fuerza y se consideran invencibles. El otro hecho básico es que China, por su parte, no está dispuesta o parece no estar dispuesta a dejar perecer al Vietnam. Si tiene hoy cuarenta mil técnicos en Vietnam del Norte, no vacilaría probablemente en tener unos cientos de miles de soldados. Existe el precedente de Corea. Cuando China intervino en Corea, el poder atómico estaba exclusivamente en manos de Estados Unidos, los cuales tenían además —cosa que está muy lejos de suceder ahora— el apoyo de todos sus aliados, hasta el punto de que lograron convertir la guerra de Corea en una guerra de las Naciones Unidas. China tenía su revolución sin consolidar. No vaciló en acudir a guerrear en Corea, y en enviar sus soldados a cuyo frente había un general que ahora se ha convertido en el hombre más poderoso de China después de Mao Sé Tung: Lin Piao. China sabe que sus fábricas atómicas pueden volar por los aires en un minuto, que sus grandes ciudades pueden desaparecer. Es estremecedor saber que lo ha aceptado de antemano —según el «pensamiento de Mao», que es la actual consigna de China entera— y que cree, como decía recientemente Robert Guillaín en un artículo de «Le Monde», que China sobreviviría incluso al genocidio atómico...

Estas dos dramáticas convicciones, la de Estados Unidos de que tiene todo el poder en sus manos, la de China de que es invulnerable a todo ataque, se van aproximando inexorablemente como consecuencia de la escalada. Frente a esta inexorabilidad de la guerra, hay otras fuerzas de primera magnitud. Están las oposiciones en los dos países. La de los Estados Unidos se manifiesta pública y claramente mientras puede; la de China se revela ahora por las eliminaciones de personalidades, por el trabajo ideológico de Mao, de Lin Piao desde arriba, de la guardia roja en las calles. En segundo lugar, está la enorme presión mundial sobre los posibles contendientes, y muy especialmente sobre los Estados Unidos que son los que tienen la facultad de desencadenar la guerra —China carece de posibilidades de iniciativa militar, a menos que se lanzase a una invasión del Vietnam—. Existe aún la posibilidad de negociaciones. Pero la realidad es que los puntos de vista de las dos partes son hasta ahora muy lejanos.

El momento de máximo peligro se aproximará cuando se pierda el actual equilibrio bélico en el Vietnam. Puede ocurrir que los americanos sufran una serie de pérdidas graves y que ello les fuerce a llevar su escalada hasta China. Puede ocurrir, por el contrario, que el continuo martilleo americano y el incremento de sus medios de guerra haga desfallecer al Vietcong, y en ese caso China ejerciese su intervención. Sólo el equilibrio es, por ahora, una garantía —teniendo en cuenta que desde un punto de vista psicológico, el equilibrio juega contra Estados Unidos—; pero ese equilibrio es inestable y lógicamente no se prolongará mucho tiempo. A menos que las dos partes en presencia deseen deliberadamente prolongarlo.

E. H. T.